

LO SIENTO *

POR

FELIX GRANDE

Galerías

Obstruido por la herrumbre del tiempo, un conducto principia en la memoria y termina lustros atrás, en un origen diverso e indistinto. Unas veces es una risa de muchacha, una risa que se humedece a través de este túnel y llega como junto a un pañuelo; baldía. Otras veces es una puerta que se cierra empujando la nieve. O una cortina sucia de barro a la que el viento monótono no consigue agitar. A menudo, al fondo de este agujero de años, aparecen un rostro o una mano, y avanzan como un violín que se retira. Hay ocasiones en que el túnel es un infierno, y se acumulan imágenes y olores y ruidos de pasos, de una forma voraz: entonces suenan días yertos, como hielo resquebrajándose; y un horror de resurrecciones agonizantes asalta a la conciencia y le deja la edad desorientada, borracha, inservible.

No se muere sólo una vez. Cualquiera lleva el peso de sus años sonando a tierra. Cualquiera tropieza, perplejo, contra sus antiguas ruinas. Hay como una condición oceánica que de un modo vasto trae y lleva y confunde nuestras semanas entre el pertinaz oleaje; y comprime el pasado, y lo divide, y lo deforma. Y a veces, cuando lo restituye, cuando entre cenizas de emociones y fragmentos de rostros y esquirlas de propósitos abandonados lo restituye, trae también desde la lejanía alguna imagen del futuro: tu propio anciano arrastrando su falta de salud, o unos nietos atónitos manoseando tus inútiles fotografías.

* Siete poemas del libro de igual título.

Como el nombre de un dios

Qué me habrán hecho. Cuándo me habrán pegado con una cadena. En qué lugar del acerico de mi edad quedó clavado todo aquello, que no conozco bien. Que hurga como la aguja de una inyección intravenosa tanteando en busca de la arteria. Agresión invisible, antigua, monocorde, que me convierte en mi enemigo, que me cubre el camino de nieve alta. Que desencadena una tormenta de paredes alrededor de mí.

Cuantos me hicieron daño son unos asesinos. No puedo odiarlos, no sé ya exactamente quiénes son, madre... Y tu madre ya casi puede ser tu hija, cállate. Veo un túnel oscuro detrás, delante, arriba, a mis costados, a mis pies. Todos aquellos a quienes yo haya herido son mis jueces y sufren en sus túneles, sin recordarme. Socorro, dijo. Sonaba suavemente un podrido violín por entre los fragmentos de la ruina.

¡Lo que sucede es que estoy loco! Sufro porque sé juzgarme pero me amo. Sufro porque a la vez me amo y me juzgo. Sufro porque me aman. Sufro porque van a caer bombas atómicas. Sufro porque me da miedo la tuberculosis. Sufro porque soy un cobarde. Y suena el inmemorial saxofón del repentino negro apaleado y mientras le pegan se oyen abajo las palmadas que llaman al sereno. Madrid. Hace diez años que me demoro por sus calles, arrastrando mi lucidez por la ciudad, por mi conducta, por sexos de hembra, por horas y horas de ambigüedad y de fotografías de muertos, oh noche agresiva. Mientras, escupen los borrachos la mala hierba de sus prados caducos.

Todo mi oficio se reduce a encontrar algún día la fórmula para poder vociferar socorro y que parezca que es el siglo quien está aullando esa maravillosa palabra. Que salga esa derrota de lo más puro de mi corazón y llegue a los demás impregnada de siglo veinte y de universo, como un insulto espléndido, cuyo esqueleto es de amor y desgracia. Que adviertan que me puse entre los desdichados para ayudarles a zurcir y defendí a la vida con todo mi terror. Clamar socorro como el nombre de un dios.

Qué me habrán hecho. Qué cosa que no debí olvidar jamás. Qué golpe a traición. Qué hay en el lugar de mi espalda que no alcanzo. Los años caen como paredes y me hundo como absorbido por una vergüenza. Lo que sucede es que estáis locos. Antiguo asunto el crimen. Antiguo asunto el miedo. Y locos. Y asesinos. Y aterrados. Un vuelo de lechuzas erosionando siglo a siglo el futuro. Qué me habrán hecho. Cuando me han roto las costillas. Por qué no hay odio en mi memoria. Mis padres fueron buenos conmigo. Por qué leo tantas veces la carta, asombrado; verdaderamente perplejo. Aletean lechuzas ateridas su amorosa agonía contra las ventanas, silban el viento y la amenaza, suena suavemente un podrido violín por entre los harapos de la ruina.

Caballos funerales

El bisílabo adiós, como una fosa, es un recipiente rodeado de flores impropias y hierbas incalificables. Palabra hueca y de bronce en donde caben cubos de lágrimas; donde cabe la jauría muda del absurdo con sus cabezas mitológicas; donde cabe la pesadumbre con todos sus caballos viejos, uno tras otro, orantes, funerales. Es un depósito de proyectos envidiosos, de guiñapos de felicidad turbia de amenazas cumplidas; un depósito de la esperanza con sus pequeños, adorables muertos. Búcaro donde se sumergen las canas en silencio, como se sumen en su edad los insignificantes, semana a semana. El bisílabo adiós, como un invierno, aleja los pájaros y nieva toda la tarde y toda la noche; y al amanecer, la calle hiede a tristeza bamboleante.

Sea lo que sea lo que despedimos, nunca se dice adiós a nada menos serio que la vida. Todo adiós es como un responso donde el cadáver participa en las letanías, pasando cuentas sumiso y ritual. Es la lluvia increíble que moja la cara del mundo, la música enferma que abrasa la vida como una universal traición. Van caravanas de generaciones bajo una estrella que se llama adiós. Baja la estrella a los andenes, a los aeropuertos, a las pensiones alquiladas por última vez. Y todo desvaría, perplejo, ante el vasto fenómeno que estigmatiza a la alegría como en una familia incide una desgracia.

Bisílabo boreal, suave palabra tempestuosa: a veces te he empujado por mi garganta con la delicadeza que tenemos los neurasténicos, con la atroz cortesía de los irreparables solitarios. Te odiaba sin embargo, oh bronce vacío de clemencia, te odiaba desde mi pasado cuarteado, te aborrecía desde mis nietos, desde los próximos pobladores del mundo. Tú me negabas con tu presencia histórica; yo te negaba con mi desconcierto, mi miedo, mi rencor. Es una enemistad inmemorial como el texto de un incunable. Pero te pronunciamos cortésmente, como aquellos que dejan de temblar segundos antes de ser fusilados: fuertes una vez más y huérfanos del todo. Oh bisílabo adiós, eres violento e inexplicable como la crueldad, y el tiempo no puede contigo, porque el tiempo eres tú. A ti, Guiomar, esta nostalgia mía.

Vine a decir que no, y no pude. Fue un domingo de lluvia con una luz de invierno. Quedaba atrás una persona enjaulada en su amor por mí. Otra persona vino entre la lluvia melódica a enjaularse en mi horno, a enjaularme en su fragilidad, en la mía; barrotos de cera tremante, brazos como ofidios sin hiel, era un magma piadoso con una luz de invierno. Viendo la lluvia recordé aquel verso: os voy a contar todo lo que me pasa. Escuchando la lluvia medieval advertí, como un sobresalto, que amamos como enfermos. Y pude pensar que el amor no es otra cosa a veces que una jaula. Qué tristeza bovina, oh vieja Europa.

Salí al siglo. Vi que amancillada su anciana puerta oscura llevaba en su barniz desfallecido escupitajos de desgracia. Y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuera algún rostro crispado por el dolor, por el amor o por el miedo. Hay días así, juro que hay días así. Salí al siglo descomunadamente, como suelo salir cuando salgo, cuando entro: con las dos manos puestas en forma de puntal en mi cabeza para ayudarla a verlo todo, para que no se incline. Vi acero retorcido, estambre, humus de cautiverio, baudelaires incendiados de lucidez por las esquinas iluminadas con farol de gas, pedros rojas firmando con una ge entrañable delante de una bala homicida. Vi cuarzos negros, despedidos de la cabeza de los locos, como aerolitos amenazadores. Vi mineral de fiebre y vi tejados con su atributo de musgo doloroso, tapando quién sabría decir qué crisis, qué desastres, qué cotidianidad con un brazo atrapado en los cepos del límite. Vi cosas que podré nombrar cuando aprenda a escribir, oh alma mía, cuando mi alma sepa aullar como respiran mis pulmones: una vez cada vez y ya toda la vida, vieja Europa.

Os voy a contar todo lo que me pasa. Fui corriendo a mi corazón, tropezando en mis sístoles como en raíles de una estación abandonada. Me caía con premura para llegar al bubón del amor, y al alcanzarlo me caí de arriba a abajo, de derecha a izquierda. No hay soledad allá en mi corazón, porque no cabe: hay nombres como cimitarras, rostros como

látigos de tres puntas, ojos que me miran para que yo aborrezca la muerte; hay un fluir de goznes que abre puertas por donde entra la brasa, señorial. Dejadla entrar, al fin y al cabo tenemos una vida como una abreviatura.

Yo odié la palabra «bastante». Y si la muerte hubiera venido al cafetín donde llovía, le hubiera golpeado en su fosfato, hasta romperme estas dos manos con que amé y trabajo, con que pensé sobre cuerpos mortales, con que aparté la lluvia de mi cuello cuando salí del cafetín, sólo con lo que amo: la existencia y el mundo. Y no hallé cosa en que poner los ojos.

Lágrima miserable

Nada puede sembrarse en una lágrima. Puedo ver cómo llora un siglo sobre el feto de otro y cómo lo acongoja y lo gangrena. Puedo ver cómo cada época deviene ebria de dolor, y da traspiés, barracha, obstruyendo su propio desarrollo. Nada puede sembrarse en una herida. Todo en ella se pudre. Pus es el fruto del mejor rasguño.

Vosotros, los que habláis del beneficio de los sufrimientos, ¿imagináis la humanidad reuniéndose en las calles cotejando sus cicatrices; hundiendo las cabezas y apretados unos con otros como un rebaño de pobres animales bajo una tormenta de nieve? ¿o imagináis la humanidad errabunda por los ejidos, rumiando a su dolor como a una mala hierba umbria? ¿Y esas imágenes os parecen solemnes?

Puedo ver cómo cada época descarga su impotencia en la siguiente y sospechar que esa es la causa de que aún no hayamos olvidado las antiguas cavernas. Puedo opinar que cuando dos se juntan para llorar rejuvenecen a la vejez de su miseria, cosechando con ello la calma de la claudicación. Puedo opinar que no se purifican, que se embriagan. No avanzan: se pasan uno a otro, monótonos, la antorcha que encendió la primera desgracia. No se ensanchan: se aíslan. Pues antes han corrido los visillos de las ventanas. Algo hay cierto en el llanto: produce vergüenza a su autor.

Sueño algo mejor que esa vergüenza para después de las cenizas de todos estos siglos descompuestos. Sueño seres futuros cuyos recuerdos no sean, de ningún modo, como los míos. Sueño en que un día los arqueólogos redacten un informe sobre nosotros, comenzando con estas espléndidas palabras: Qué espanto, qué espanto.

Besos, pedradas

Reuniéndonos, alejamos la loba a pedradas. Mientras huye por entre los matojos de nuestra tensa edad, que es en verdad un rastrojo fantástico, nos sonreímos empapados en agradecimiento y en un premonitorio terror. Porque ya otras veces hemos alejado la loba, y hemos sonreído, y hemos temido su regreso: y ha vuelto. Ahora nos apretamos, nos besamos, nos herimos de amor, y hablamos de esperanza en lacónicas y furiosas brazadas—sin soltar las últimas piedras. Nuestra sabiduría y nuestra pesadumbre se juntan en sus límites: siempre esperamos una nueva agresión. Mala loba hecha del metal de la nada, noser hecho loba, alimaña mayor que el aborrecimiento que inspira, con músculos tan poderosos como los goznes de los años. Cárcel que se mueve hacia hoy, ancha a manera de desierto, matemática, rigurosa. Exacta loba que se arrastra bajo la luna, mirándonos con la avaricia soñolienta de un dinosaurio entre légameos de prehistoria. Amenazándonos con su estereofónico aullido, rayado de estridencias de origen, la loba nos mira y demora su agazapamiento inmortal. Tú ves cómo nos mira, tú lo ves; qué importa si mi carne se desgarró en tus dientes: aprieta, pues no soy inhumano. Con la sangre vertida en el amor por el terror podría cubrirse esta región que miramos enamorados, tomados de la cintura como los eslabones. Araña como puedas, seamos tan lobos como nuestro destino. ¿Es que no te dijeron nunca que el amor es esta desgracia?

Se aleja otra vez el verano y tampoco supiste ser joven. Con un gesto de megaterio desplazado, a veces inmortal, a veces tenebroso, avanza bamboleante un remolino donde asoman días remotos y cabelleras de mujer, y risas sobrecogedoras, y añicos de mala fortuna. Es un caleidoscopio donde los trozos de semana van en negro y los nombres en rojo, y cuando se confunden forman como una música desorientada, una música que pidiera limosna. Hemos envejecido un poco entre la criminal belleza de estos parques acorralados. Una canción de otoño para ti, corazón del mundo, tiempo solemne, carótida de octubre. Caen de nuevo las hojas mansas sobre el asfalto ajetreado mientras segrega nuestro rostro una apariencia de sábana vacía. Demasiado bovina, la emoción muere aquí y allá briznas de horas antepasadas, de cuerpos desnudos en las penumbras, de increíbles promesas y de lágrimas increíbles: la emoción rumia de manera maldita cuanto le falta, cuanto tuvo, cuanto desea, cuanto desaparece. ¿Hubo un tiempo de plenitud alguna vez? Morder las presencias huidizas, masticar su perfume, ¿fue verdaderamente no morir? ¿O esa labor desesperada era ya disponer la mortaja con inútil coraje? ¡Ah mayo muerto en junio! Transcurre la felicidad avanzando sombría como una moneda que rueda por un túnel, amortiguado su sonido por entre el musgo helado. Calles, queridas calles de la ciudad: nada más entrañable que esas adolescentes con el pulóver prematuro, inventando la vida hasta que caiga la primera nevada al barrio viejo. Que seais dichosas.

Es el tiempo de regresar al anciano vocabulario, de llamar corazón al corazón. Es la hora de los músicos solitarios, de las ventanas que se cierran oponiéndose al viento, de las abandonadas con su pañuelo, de todos nosotros y nuestra miseria tremante. Tiempo de caminar la inmemorial ciudad con paso antiguo como un apellido.

No, no supiste ser joven. La juventud era un teclado colorado y brillante y golpeaste sobre él con la urgencia enfermiza de quien carece demasiado —y no se articuló la melodía total, sino una vaga dispersión de acordes insumisos y algunos blues cargados de espaldas como semanas mojadas de lluvia. Ahora pagamos aquella tan precaria disposición con un poco más

de nostalgia insolente. Y con un poco más de amor a estos muros, que de alguna manera preservan años de dolor infamante, varios peines usados, misteriosas palabras que pululan disolviéndose detrás del horizonte, desconchaduras de ilusión, susurros incalificables, y un borbotón de nombres que transitan modificándose sin fin, como las nubes: todo cuanto se nos derrama mientras se aleja, otra vez, el verano. Cobres, color de cobres y sonido de cobres.

FÉLIX GRANDE
Alenza, 8, 5.º C.
MADRID